



## PUNTOCONTRAPUNTO

UNA GEOMETRÍA DEL TIEMPO

FRANCISCO SILVERA

[ Libros de música II ]

**Francisco Silvera, *PuntoContrapunto. Una Geometría del tiempo* [Libros de Música II]. Motril: Ediciones Puerta Granada (Granada), 2023, 140 págs.**

Francisco Silvera acaba de regalarnos *PuntoContrapunto. Una geometría del tiempo* (Granada, 2023), que da continuidad conceptual<sup>1</sup> a un “work in progress”, la colección *Libros de música*, de la que hasta ahora ha publicado los volúmenes I (*Álbum Blanco. Otoño de 1985*), IV (*Los Camaleones. Memoria punk*) y II (*PuntoContrapunto. Una Geometría del Tiempo*) y anunciado otros dos (*La retórica*

de los dioses y *El estro armónico*). Este plan, que él define como “catálogo de juegos con las formas”, es un meditado proyecto donde presenta parte de la memoria sonora de su vida y se compone de “relatos, prosas líricas, novelas cortas y microensayos”.

Toda la obra de este autor —al menos la leída por mí—, a pesar de su diversidad genérica, emana eso que T. S. Eliot llamó “unidad de sentimiento”<sup>2</sup>, una serie de elementos que contagian poemas, relatos, artículos y ensayos, tales como la defensa de la emoción estética, la crítica al Poder o la memoria de la imprevisible historia<sup>3</sup> reciente de este país, entre otros.

A los improbables leyentes de esta reseña les recomendaría la despaciosa lectura musical de este inquieto y contrapuntístico álbum. Les sugiero dejarse guiar por el personalísimo repertorio que propone el autor: lean sus prosas sin dejar de escuchar lo que sin duda ha sido una larga indagación experimentada y madurada desde la adolescencia por un escritor enamorado y movido por las músicas más importantes de la historia de nuestra cultura —muchas veces—, más raras —algunas—, pero siempre interesantes.

El libro se estructura como un concierto en tres largos movimientos, unas variaciones y un postludio. Los 28 textos, ocupantes de los tres apartados, constituirían los contrapuntos a cada una de las piezas musicales (que es conveniente escuchar antes o durante la lectura) cuyos títulos encabezan también las prosas. Si ya con este juego de música —detonante de relatos y ensayúsculos— Silvera levanta una obra audaz de gran profundidad literaria, la técnica especular y memorística que alumbra el capí-

<sup>2</sup> *Función de la poesía y función de la crítica*, Seix-Barral, Barcelona, 1968, p. 59.

<sup>3</sup> Una historia como la que el historiador mexicano Edmundo O’Gorman confesó querer: “una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieran no acontecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad: una historia solo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia-arte, cercana a su prima hermana, la narrativa literaria; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo como nuestros amores: una historia espejo de las mudanzas, en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que el foco de la comprensión del pasado no opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable”. Edmundo O’Gorman, “Fantasmas en la narrativa historiográfica”, 4 de octubre de 1991, en *Nexos*, núm. 175, julio de 1992, México, p. 52.

<sup>1</sup> Con permiso del conejo de *Alice in Wonderland*, del ingenioso blues “Stink foot” [‘Pies apestosos’] de Zappa y de la imponente (!) coneja de “Apóstrofe”, un hilarante relato de Silvera (pp. 83-84 y 126).

tulo de las “Variaciones” (otros 28 textos) da otra vuelta de tuerca a una poética que se aplica a la retrogradación narrativa. Pero la riqueza textual de este tratado musical se escurre con saltos jabonados para darse a la reflexión estética, como la del personaje que recordaba mientras componía: “El sonido se oye; el son se oye con placer. El sonido es un efecto natural; el son es un efecto métrico. Aquél representa la Naturaleza; éste el Arte” (“Sonata a tres”, pág. 54).

En el primer relato, el personaje —“nel mezzo del cammin” — arroja “el prodigio vibrátil al agua”. Aviso de que el concierto comienza: por favor, silencien sus móviles. El título de este texto, “Los ojos de los hermosos perdedores”, es una canción del grupo post-punk Eyeless in Gaza. En la variación correspondiente se inicia la memoria musical del autor con la fascinación adolescente por las primeras grabaciones de ese conjunto británico que se bautizó con el nombre de una novela de Aldous Huxley (quien lo tomó a su vez de John Milton), de feliz lectura para el joven memorioso. Es un mínimo ejemplo del vaivén de *PuntoContrapunto*, de ese juego de espejos y ecos, de libros y músicas, una geometría generatriz de tiempos y emociones, que se desarrolla a lo largo de sus 28 textos.

La matemática acordada de este libreto no impide que, en su lectura y escucha gozosas, uno perciba las provocaciones, las melodías y las voces que despiden sus animadas y estallantes páginas. El sonido de las esferas, tan presente en algunas odas luisianas, con las sabidas imágenes platónicas, resuenan y se actualizan por acá: “la música que nos hace vibrar el alma por simpatías: esa armonía que, de repente, consigue despertar el canto creador de nuestro espíritu, imagen de la totalidad” (p. 61).

Los amaneceres, el alborear, el “terciopelo del silencio, acaso un vibrar leve y cósmico, rumor de las estrellas cintilando en el hálito último del luciferino Venus” (p. 63): es en esa hora mágica —al quebrar del albor— donde escribe Silvera. El final de la sección segunda rememora (¡qué buen editor para tan buen poeta!) a su admirado Juan Ramón, para abrir la sección tercera con un soliloquio machadiano con acompañamiento de Pink Floyd, donde el poeta —narrador maduro de hoy— se encuentra con el joven que fue.

En las “Variaciones”<sup>4</sup> que contrapuntean sus prosas, el autor se explaya en deleites, descubrimientos y desazones. Si con frecuencia los ensayos sobre música de tantos musicólogos no ahorran el plomo ni el tecnicismo, con Silvera uno nunca se aburre: la denominación de Minimalismo “terminó siendo convertida en sinónimo de estupidez”; “toda esa basura llamada New Age”; “en todos los grandes músicos que usan la electrónica [Kraftwerk, Tangerine Dream, Jean Michel Jarre] hay un poso infantiloides de Futurismo anclado en el pasado”; “he llorado mucho oyendo a Arvo Pärt”; “los habrá menos toscos, menos peliculeros en la ornamentación [...] pero nadie toca la Viola da Gamba como Jordi Savall”; “Adoro la música repetitiva”; “Hay quienes se saturan de barroco, yo no puedo [...] Y me callo, no sea que aparezca un belcantista y joda el clima de este relato”; “un montón de grupos oscuros, raros y maravillosos”; “Prefiero la música triste”; “Las cantatas religiosas de Bach son el mayor monumento musical de la Historia”; “Zappa es el Mozart del siglo XX, el eslabón perdido entre Stravinsky y Jimi Hendrix”; relaciona la música de Messiaen con algunos episodios del Pato Lucas y Bugs Bunny; la *Music for airports* de Brian Eno le sugiere un cómic de Moebius o las “pesquisas inigualables de Harrison Ford buscando androides para retirar”; etc.

La prosa exquisita de Silvera no desdeña punzantes incursiones carpetovetónicas como la historia de la mujer mordida por un perro (“Música para 18 músicos”), la divertida escena en la entrada de Urgencias de un hospital (“Música discreta”), la delicada y tremenda circunstancia de un adolescente homosexual de pueblo (“Círculo de tiza”) o la flaubertiana mujer deprimida en una ciudad provinciana (“La folía”). Otro puñado recorre las tragedias bélicas europeas: los presos de un campo de concentración que construyen una carretera (“Música en 12 partes”), un relato apocalíptico para recordar a Nico (“Tras el telón de acero”), una historia de madrugadas y ejecuciones con venganza final (“Civilización”) o el recuerdo

<sup>4</sup> “[...] estas notas abarcan una parte de mi memoria y justifican el clima narrativo de los textos previos [...] Estas músicas fueron mi renovación personal frente a la decrepitud, fueron la puerta a un mundo de ideales posibles y de la perfección de la Belleza —motor de todo—; los nombres de Proust, Cocteau, Mann, Beckett, Joyce... eran mis nuevas referencias frente a una realidad social española repleta de barbarie, fresca en la memoria la Guerra Civil [...]” (pág. 116).

del bombardeo de Dresde con música de Shostakovitch (“In memoriam”)<sup>5</sup>. Y sostiene Silvera: “sin piedad no es posible la vida”.

Quizá en una reseña de un libro como este habría que señalar las prosas favoritas, pero el vuelo de la música del conjunto lo veda, aunque uno, ya cerrado el libro y apagado el reproductor, acusa chispazos, descargas como el homenaje a José Hierro con música de Mozart, el irónico erotismo de “La inacabada” (carta de Schubert a un amigo) o el aire ascensional de oratorios, pasiones y fugas... La Naturaleza, la vida, la sociedad —piensa, siente Silvera— funcionan como la música de Brian Eno, “todo repitiéndose constantemente distinto y, en el fondo, por

<sup>5</sup> Leyendo/escuchando esta prosa y su variación se detonó en este pobre lector el ominoso recuerdo de Max Sebald, que dedicó un capital ensayo (*Luftkrieg und Literatur* [‘Guerra aérea y Literatura’], traducido al español como *Sobre la historia natural de la destrucción*) a ahondar en ese capítulo de la maldad humana sobre la destrucción de las ciudades alemanas —junto a sus moradores civiles— en los bombardeos aéreos de la segunda guerra mundial y la ley de silencio que acompañó al posterior “milagro alemán”. La segunda guerra mundial, que culminaría con el ataque a Hiroshima/Nagasaki y dejó arrasadas —entre cientos de ciudades y miles de pueblos— Tokio, Manila, Varsovia, Stalingrado, Belgrado, Rotterdam, Colonia, Hamburgo, Dresde, Maguncia, no dejó de utilizar la vieja práctica humana de aterrorizar a la población, como nos recuerdan los romanos —Cartago—, que habían aprendido de los griegos —Troya—, pero no los llamaron hipócritamente, como hacen ahora los señorones de la guerra, “bombardeos estratégicos”, cuando se trata de machacar a la población civil —no combatiente—, cuando es terrorismo puro y duro, cuando han seguido hasta hoy causando sus estratégicos estragos en Bagdad, Sarajevo, Beirut, Palestina, Afganistán, Ucrania... Siempre hay un lugar donde está ocurriendo: ahora, Gaza.

una razón matemática”. Pareciera que este filósofo, consumado guitarrista y residente en parajes muy occidentales (aunque es un cabal amante de amaneceres), hubiera seguido en el acontecer de su vida el triple consejo de aquel jesuita hacedor de estreñidas prosas:

Gástese la primera estancia del bello vivir en hablar con los muertos; nacemos para saber y sabernos, y los libros con fidelidad nos hacen personas. La segunda jornada se emplee con los vivos: ver y registrar todo lo bueno del mundo [...]. La tercera jornada sea toda para sí: última felicidad, el filosofar.<sup>6</sup>

Post. El azar ha querido que los dos libros que más he gozado este final de año de 2023 sean como hijos de una misma fragua humanista, materia poética de la memoria, parejos en su defensa de la Belleza y en su novedosa estructura musical. Qué casualidad que sus autores sean los dos poetas, filósofos, discretos. Me refiero, además del libro de Silvera, al de Marifé Santiago Bolaños, *Reflexiones a la orilla del tiempo: Algunos tés imprescindibles* (Editorial Bala Perdida, Madrid, 2022).

**Miguel A. Moreta-Lara**

<sup>6</sup> Baltasar Gracián, *Oráculo manual y Arte de prudencia*, Anaya, Madrid, 1968, p. 209.

